

Memoria sobre las cuestiones del movimiento obrero internacional y de su unidad*

Palmiro Togliatti

Yalta, agosto de 1964

La carta del P. C. de la U.S. con la invitación a la reunión preparatoria de la conferencia internacional llegó a Roma pocos días antes de mi salida. No tuvimos, por lo tanto, la posibilidad de examinarla en una reunión colectiva de la dirección, por la ausencia, además, de muchos camaradas. Pudimos solamente tener un cambio rápido de ideas entre algunos camaradas de la secretaría. La carta será sometida al Comité Central del partido, que se reunirá a mediados de septiembre. Entre tanto queda en pie que nosotros tomaremos parte, y parte activa, en la reunión preparatoria. Dudas y reservas acerca de la oportunidad de la conferencia internacional siguen en nosotros, sin embargo, sobre todo porque es ya evidente que en ella no participará un grupo no desdenable de partidos, además del chino. En la misma reunión preparatoria se nos ofrecerá sin duda la posibilidad de exponer y motivar nuestras posiciones, ya que éstas afectan a toda una serie de problemas del movimiento obrero y comunista internacional.

De estos problemas haré una rápida mención en el presente memorial, a fin también de facilitar ulteriores intercambios de ideas con vosotros, cuando éstos sean posibles.

Sobre el modo mejor de combatir las posiciones chinas

El plan que nosotros proponíamos para una lucha eficaz contra las erradas posiciones políticas y contra la actividad escisionista de los comunistas chinos era diverso del que efectivamente ha sido seguido. En sustancia nuestro plan se fundaba sobre estos puntos:

- no interrumpir nunca la polémica contra las posiciones de principio y políticas chinas;
- llevar esa polémica, a diferencia de lo que hacen los chinos, sin exasperaciones verbales y sin condenas genéricas, sobre temas concretos, de modo objetivo y persuasivo, y siempre con cierto respeto por el adversario;
- al mismo tiempo proceder, por grupos de partidos, a una serie de encuentros para un examen profundo y una mejor definición de las tareas que se plantean hoy en los diferentes sectores de nuestro movimiento (Occidente europeo, países de América Latina, países del tercer mundo y sus contactos con el

* Traducción publicada en *Realidad*, nº 4, noviembre de 1964, pp. 54-66, con el título: «Memoria de Palmiro Togliatti sobre las cuestiones del movimiento obrero internacional y de su unidad». Transcripción de Francisco Erice.

movimiento comunista de los países capitalistas, países de democracia popular, etc.). Esta labor debía hacerse teniendo presente que desde el '57 y desde el '60 la situación de todos esos sectores ha cambiado seriamente, y sin una atenta elaboración colectiva no es posible llegar a una justa definición de las tareas comunes de nuestro movimiento;

→ sólo después de esa preparación, que podría emplear hasta un año o más de trabajo, habría podido ser examinada la cuestión de una conferencia internacional que pudiese verdaderamente ser una etapa de nuestro movimiento, un efectivo reforzamiento del mismo sobre posiciones nuevas y justas. De este modo habríamos podido también aislar mejor a los comunistas chinos, oponerles un frente más compacto, unido no solamente por el uso de definiciones generales comunes de las posiciones chinas, sino por un conocimiento más profundo de las tareas comunes de todo el movimiento y de las que concretamente se plantean en cada uno de sus sectores. Por lo demás, una vez bien definidas las tareas y nuestra línea política sector por sector, se hubiera podido también renunciar a la conferencia internacional, en el caso de que hubiera parecido necesario para evitar una escisión formal.

Ha sido seguida una línea diversa y las consecuencias no las juzgo del todo buenas. Algunos (quizás hasta muchos) partidos esperaban una conferencia en brevísimo plazo con el fin de pronunciar una solemne condena explícita, válida para todo el movimiento. La espera puede incluso haberlos desorientado.

El ataque de los chinos se ha desarrollado ampliamente entre tanto, y asimismo su acción para constituir pequeños grupos escisionistas y conquistar para sus posiciones



Soldados chinos escribiendo mensajes de apoyo a Mao Zedong, en Pekín, en junio de 1966 (Foto: Apic).

a algún partido. A su ataque se ha respondido en general con una polémica ideológica y propagandística, no con un desarrollo de nuestra política ligado a la lucha contra las posiciones chinas.

Algunos actos han sido llevados a cabo en esta última dirección por la Unión Soviética (firma del Pacto de Moscú contra los experimentos nucleares, viaje del camarada Jruschov a Egipto, etc.) y han sido verdaderas e importantes victorias conseguidas contra los chinos. Pero el movimiento comunista de los otros países no ha logrado hacer nada de ese género. Para explicarme mejor, pienso, por ejemplo, en la importancia que hubiera tenido un encuentro internacional, convocado por algunos partidos comunistas occidentales, con una amplia esfera de representantes de los países democráticos del «tercer mundo» y de sus movimientos progresivos, para elaborar una línea concreta de cooperación y de ayuda a esos movimientos. Era un modo de combatir a los chinos con los hechos, no solamente con las palabras.

Considero interesante a este respecto nuestra experiencia de partido. Tenemos en el partido y en sus márgenes algunos grupitos de camaradas y simpatizantes que se inclinan hacia las posiciones chinas y las defienden. Algun miembro del partido ha

tenido que ser expulsado de nuestras filas por ser responsable de actos de fraccionismo y de indisciplina. Pero, en general, nosotros sostenemos sobre todos los temas de la polémica con los chinos amplias discusiones en las asambleas de célula y de sección y en los activos ciudadanos. El mayor éxito se da siempre cuando se pasa del examen de los temas generales (carácter del imperialismo y del Estado, fuerzas motrices de la revolución, etc.) a las cuestiones concretas de nuestra política corriente (lucha contra el gobierno, crítica del partido socialista, unidad sindical, huelgas, etc.). Sobre esos temas la polémica de los chinos está completamente desarmada y es impotente.

De estas observaciones saco la consecuencia de que (incluso si hoy ya se trabaja por la conferencia internacional) no se debe renunciar a iniciativas políticas que nos sirvan a derrotar las posiciones chinas y que el terreno sobre el que es más fácil derrotarlas es el del juicio sobre la situación concreta que hoy está ante vosotros y de la acción para resolver los problemas que se plantean, en los distintos sectores de nuestro movimiento, a los distintos partidos y al movimiento en general.

Sobre las perspectivas de la presente situación

Nosotros juzgamos con cierto pesimismo las perspectivas de la presente situación, internacionalmente y en nuestro país. La situación es peor que la que teníamos ante nosotros hace dos años.

De los Estados Unidos de América viene hoy el peligro más serio. Ese país está atravesado de una profunda crisis social. El conflicto de raza entre blancos y negros es solamente uno de los elementos de esa crisis. El asesinato de Kennedy ha puesto de manifiesto hasta qué punto puede llegar el ataque de los grupos reaccionarios. No se

puede en modo alguno excluir que en las elecciones presidenciales haya de triunfar el candidato republicano (Goldwater), que tiene en su programa la guerra y habla como un fascista. Lo peor es que la ofensiva que éste lleva a efecto desplaza cada más a la derecha a todo el frente político americano, refuerza la tendencia a buscar en una mayor agresividad internacional una vía de salida a los contrastes internos y la base de un acuerdo con los grupos reaccionarios del Occidente europeo. Esto hace la situación general bastante peligrosa.

En el Occidente europeo la situación es muy diferenciada, pero prevalece, como elemento común, un proceso de ulterior concentración monopolista, del cual es el Mercado Común el lugar y el instrumento. La competencia económica americana, que se hace cada vez más intensa y agresiva, contribuye a acelerar el proceso de concentración. Se hacen de ese modo más fuertes las bases objetivas de una política reaccionaria, que tiende a liquidar o limitar las libertades democráticas, a mantener en vida a los regímenes fascistas, a crear regímenes autoritarios, a impedir toda avance de la clase obrera y reducir sensiblemente su nivel de existencia. Por lo que respecta a la política internacional, las rivalidades y las contraposiciones son profundas. La vieja organización de la OTAN atraviesa una evidente y seria crisis, gracias particularmente a las posiciones de De Gaulle. No hay que hacerse ilusiones, sin embargo. Existen ciertamente contradicciones que nosotros podemos aprovechar a fondo; pero, hasta ahora, no aparece en los grupos dirigentes de los Estados continentales, una tendencia a desenvolver de modo autónomo y consecuente una acción a favor de la distensión de las relaciones internacionales. Todos estos grupos, además, se mueven, de un modo u otro y en mayor o menor medida, sobre el terreno del neocolonialismo, para impe-

dir el progreso económico y político de los nuevos Estados libres africanos.

Los hechos del Vietnam, los hechos de Chipre, muestran cómo, sobre todo si hubiera de continuar el desplazamiento a la derecha de toda la situación, podemos encontrarnos de improviso ante una crisis y peligros muy agudos, en los que deberán estar empeñados a fondo todos los movimientos comunistas y todas las fuerzas obreras y socialistas de Europa y del mundo entero.

De esta situación creemos que debemos tener en cuenta en toda nuestra conducta hacia los comunistas chinos. La unidad de todas las fuerzas socialistas en una acción común, por encima de las divergencias ideológicas, contra los grupos más reaccionarios del imperialismo, es una necesidad imprescindible. De esta unidad no se puede pensar que puedan estar excluidos China y los comunistas chinos. Debemos pues, desde hoy, actuar de modo que no se creen obstáculos al logro de ese objetivo, sino de facilitarlo. No interrumpir en modo alguno las polémicas, sino tener siempre como punto de partida de éstas la demostración, sobre la base de los hechos de hoy, de que la unidad de todo el mundo socialista y de todo el movimiento obrero y comunista es necesaria y que puede ser realizada.

En relación con la reunión de la comisión preparatoria el 15 de diciembre, se podría ya pensar en alguna iniciativa particular. Por ejemplo, en el envío de una delegación, compuesta por representantes de algunos partidos, que exponga a los camaradas chinos nuestro propósito de estar unidos y colaborar en la lucha contra el enemigo común y les plantea el problema de encontrar la vía y la forma concreta de esa colaboración. Se debe además pensar que si — como nosotros creemos es necesario — toda nuestra lucha contra las posiciones chinas debe llevarse a efecto como una lucha por

la unidad, las mismas resoluciones a que se pueda llegar habrán de tener en cuenta ese hecho, dejar de parte las calificaciones negativas genéricas y tener en cambio un fuerte y predominante contenido político positivo y unitario.

Sobre el desarrollo de nuestro movimiento.

Nosotros hemos pensado siempre que no era justo dar una representación preva- lecientemente optimista del movimiento obrero y comunista de los países occiden- tales. En esta parte del mundo, incluso si acá y allá hay hechos progresivos, nuestro desarrollo y nuestras fuerzas son todavía hoy inadecuadas a las tareas que se nos presentan. Hecha excepción para algunos partidos (Francia, Italia, España, etc.) no salimos todavía de la situación en la que los comunistas no consiguen desenvolver una verdadera y eficaz acción política que los ligue con las grandes masas de trabajado- res, se limitan a un trabajo de propaganda y no tienen una influencia efectiva en la vida política de su país. Es preciso de todos los modos conseguir superar esta fase, impul- sando a los comunistas a vencer su relativo aislamiento, a inserirse de manera activa y continua con la realidad política y social, a tener iniciativa política, a convertirse en un efectivo movimiento de masas.

También por este motivo, aun habiendo considerado siempre erróneas y perniciosas las posiciones chinas, hemos tenido siem- pre y conservamos fuertes reservas sobre la utilidad de una conferencia internacional dedicada solamente o predominantemente a la denuncia y a la lucha contra esas po- siciones, precisamente porque temíamos y tememos que, de ese modo, los partidos comunistas de los países capitalistas sean impulsados en la dirección opuesta a la ne- cesaria, esto es, a encerrarse en polémicas

internas, de naturaleza puramente ideológica, lejanas de la realidad. El peligro se haría particularmente grave si se llegase a una ruptura declarada del movimiento con la formación de un centro internacional chino que creara sus «secciones» en todos los países. Todos los partidos, y particularmente los más débiles, serían llevados a dedicar gran parte de su actividad a la polémica y a la lucha contra esas llamadas «secciones» de una nueva «Internacional». Entre las masas eso crearía desánimo, y el desarrollo de nuestro movimiento estaría fuertemente dificultado. Es verdad que ya hoy las tentativas fraccionistas de los chinos se desenvuelven ampliamente y en casi todos los países. Es necesario evitar que la cantidad de estas tentativas se convierta en calidad, es decir, en escisión verdadera, general y consolidada.

Objetivamente, existen condiciones muy favorables a nuestro avance, tanto en la clase obrera como en las masas trabajadoras y en la vida social en general. Pero es necesario saber asir y a provechar esas condiciones. Por eso les es preciso a los comunistas tener mucha valentía política, superar toda forma de dogmatismo, afrontar y resolver problemas nuevos de modo nuevo, usar métodos de trabajo adaptados a un ambiente político y social en el que se efectúan continuas y rápidas transformaciones.

Muy rápidamente expongo algunos ejemplos.

La crisis del mundo económico burgués es muy profunda. En el sistema del capitalismo monopolista de Estado surgen problemas enteramente nuevos, que las clases dirigentes no consiguen ya resolver con los métodos tradicionales. En particular surge hoy en los más grandes países la cuestión de una centralización de la dirección económica que se trata de realizar con una programación desde lo alto, en el interés de los grandes monopolios y a través de la in-

tervención del Estado. Esa cuestión está a la orden del día en todo el Occidente y ya se habla de una programación internacional, para preparar la cual trabajan los órganos dirigentes del Mercado Común. Es evidente que el movimiento obrero y democrático no puede desinteresarse de esta cuestión. Nos debemos batir también en este terreno. Eso requiere un desarrollo y una coordinación de las reivindicaciones inmediatas obreras y de las propuestas de reforma de la estructura económica (nacionalizaciones, reforma agraria, etc.) en un plan general de desarrollo económico que se contraponga a la programación capitalista. No será ciertamente un plan socialista todavía, porque para eso faltan las condiciones, pero es una nueva forma y un nuevo medio de lucha para avanzar hacia el socialismo. La posibilidad de un camino pacífico de ese avance está hoy muy estrechamente ligada al planteamiento y la solución de ese problema. Una iniciativa política en esa dirección nos puede facilitar la conquista de una nueva gran influencia sobre todas las capas de la población que no están aún conquistadas para el socialismo, pero buscan una vía nueva.

La lucha por la democracia viene a asumir, en ese marco, un contenido diverso al que ha tenido hasta ahora, más concreto, más ligado a la realidad de la vida económica y social. La programación capitalista está en realidad ligada siempre a las tendencias antidemocráticas y autoritarias, a las cuales es necesario oponer la adopción de un método democrático también en la dirección de la vida económica.

Al madurar las tentativas de programación capitalista se hace más difícil la posición de los sindicatos. Parte sustancial de la programación es en realidad la llamada «política de rentas», que comprende una serie de medidas orientadas a impedir el libre desarrollo de la lucha salarial, con un

sistema de control desde arriba del nivel de los salarios y la prohibición de su aumento por encima de determinado límite. Es una política destinada a quebrar (interesante ejemplo el de Holanda): pero puede quebrar sólo si los sindicatos saben moverse con decisión y con inteligencia, ligando también ellos sus reivindicaciones inmediatas a la exigencia de reformas económicas y de un plan de desarrollo económico que corresponda a los intereses de los trabajadores y de la clase media.

Pero la lucha de los sindicatos no puede ya, en las condiciones del Occidente de hoy, ser llevada a efecto sólo aisladamente, país por país. Debe desarrollarse también en escala internacional, con reivindicaciones y acciones comunes. Y aquí está una de las más graves lagunas de nuestro movimiento. Nuestra organización sindical internacional (FSM) hace solamente propaganda genérica. No ha tomado hasta ahora ninguna iniciativa eficaz de acción unitaria contra la política de los grandes monopolios. Enteramente ausente ha estado, hasta ahora, nuestra iniciativa hacia las otras organizaciones sindicales internacionales. Y es un serio error, porque en estas organizaciones hay ya quien critica y trata de oponerse a las propuestas y a la política de los grandes monopolios.

Pero hay, además de éstos, otros muchos campos en los que podemos y debemos movernos con mayor intrepidez, liquidando viejas fórmulas que no corresponden ya a la realidad de hoy.

En el mundo católico organizado y en las masas católicas ha habido un desplazamiento evidente hacia la izquierda en el tiempo del papa Juan. Ahora hay en el centro un reflujo hacia la derecha. Pero permanecen, en la base, las condiciones y el impulso para un desplazamiento a izquierda que nosotros debemos comprender y ayudar. A este fin no sirve para nada la vieja

propaganda ateísta. El propio problema de la conciencia religiosa, de su contenido, de sus raíces entre las masas, y del modo de superarlo, debe ser planteado de modo diferente que en el pasado, si queremos tener acceso a las masas católicas y ser comprendidos por ellas. Si no, sucede que nuestra «mano tendida a los católicos» se entiende como un puro expediente, y casi como una hipocresía.

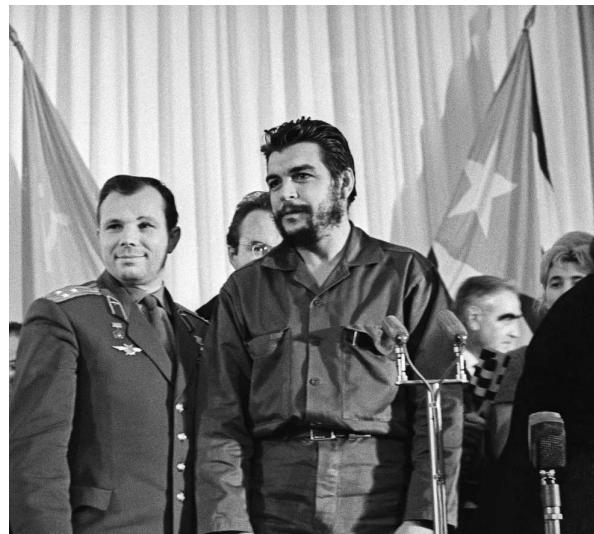
También en el mundo de la cultura (literatura, arte, investigación científica, etc.) hoy las puertas están anchamente abiertas a la penetración comunista. En el mundo capitalista se crean de hecho condiciones tales que tienden a destruir la libertad de la vida intelectual. Debemos hacernos nosotros los campeones de la libertad de la vida intelectual, de la libre creación artística y del progreso científico. Eso requiere que no contrapongamos de modo abstracto nuestras concepciones a las tendencias y corrientes de diversa naturaleza, y que abramos un diálogo con estas corrientes y a través de él esforcémonos por ahondar en los temas de la cultura, tal como hoy se presentan. No todos aquellos que, en los diferentes campos de la cultura, en la filosofía, en las ciencias históricas y sociales, están hoy lejos de nosotros, son nuestros enemigos o agentes de nuestro enemigo. Es la comprensión recíproca, conquistada con un continuo debate, lo que nos da autoridad y prestigio, y al mismo tiempo nos permite desenmascarar a los verdaderos enemigos, a los falsos pensadores, a los charlatanes de la expresión artística y así sucesivamente. En este campo nos hubiera podido venir mucha ayuda, pero no nos ha venido, de los países donde ya dirigimos toda la vida social.

Y dejo de lado, por brevedad, muchos otros temas que pudieran ser tocados.

En conjunto, nosotros partimos, y estamos siempre convencidos de que deba par-

tirse, en la elaboración de nuestra política, de las posiciones del 20º congreso. Pero también estas posiciones tienen necesidad, hoy, de ser ahondadas y desarrolladas. Por ejemplo, una reflexión más profunda sobre el tema de la posibilidad de una vía pacífica de acceso al socialismo nos lleva a precisar qué es lo que nosotros entendemos por democracia en un Estado burgués, cómo se pueden ensanchar los límites de la libertad y de las instituciones democráticas y cuáles son las formas más eficaces de participación de las masas obreras y trabajadoras en la vida económica y política. Surge así la cuestión de la posibilidad de conquista de posiciones de poder, por parte de las clases trabajadoras, en el ámbito de un Estado que no ha cambiado su naturaleza de Estado burgués y, por lo tanto, la de si es posible la lucha por una progresiva transformación, desde el interior, de esa naturaleza. En países donde el movimiento comunista se haya hecho fuerte como en el nuestro (y en Francia), ésta es la cuestión de fondo que surge hoy en la lucha política. Ello lleva consigo, naturalmente, una radicalización de esa lucha, y de ella dependen las ulteriores perspectivas.

Una conferencia internacional puede, sin duda, dar una ayuda para la mejor solución de estos problemas, pero esencialmente la misión de profundizar en ellos y resolverlos corresponde a los distintos partidos. Se puede hasta temer que la adopción de fórmulas generales rígidas pueda ser un obstáculo. Mi opinión es que, en la línea del presente desarrollo histórico, y de sus perspectivas generales (avance y victoria del socialismo en todo el mundo), las condiciones concretas de avance y victoria del socialismo serán hoy y en el porvenir próximo muy distintas de lo que fueron en el pasado. Al mismo tiempo, son bastante grandes las diversidades de un país al otro. Por eso cada partido debe saber moverse de



Che Guevara y Yuri Gagarín en Moscú en 1964 (Foto: Victor Akhlovov).

modo autónomo. La autonomía de los partidos, de la cual somos nosotros partidarios decididos, no es sólo una necesidad interna de nuestro movimiento, sino una condición esencial de nuestro desarrollo en las condiciones presentes. Nosotros seremos contrarios, por consiguiente, a toda propuesta de crear de nuevo una organización internacional centralizada. Somos tenaces partidarios de la unidad de nuestro movimiento y del movimiento obrero internacional, pero esa unidad debe realizarse en la diversidad de posiciones políticas concretas, correspondientes a la situación y al grado de desarrollo de cada país. Hay, naturalmente, el peligro de aislamiento de los partidos el uno del otro, y por lo tanto el de alguna confusión. Es preciso luchar contra esos peligros y para ello nosotros creemos que deben adoptarse estos medios: contactos bastante frecuentes e intercambios de experiencias entre los partidos, en amplia escala; convocatoria de reuniones colectivas dedicadas al estudio de problemas comunes a determinado grupo de partidos; encuentros internacionales de estudio sobre problemas generales de economía, filosofía, historia, etc.

Al lado de esto, nosotros somos favorables a que entre los distintos partidos y sobre temas de interés común se desarrollen debates, incluso públicamente, de manera que interesen a toda la opinión pública: eso requiere, bien se entiende, que el debate sea llevado de formas correctas, en el respeto recíproco, con argumentaciones objetivas, ¡no con la vulgaridad y la violencia adoptada por los albaneses y los chinos!

Relaciones con el movimiento de los países coloniales y ex coloniales

Atribuimos una importancia decisiva, para al desarrollo de nuestro movimiento, al establecimiento de amplias relaciones de conocimiento recíproco y de colaboración entre los partidos comunistas de los países capitalistas y los movimientos de liberación de los países coloniales y ex coloniales. Pero esas relaciones no deben ser establecidas sólo con los partidos comunistas de dichos países, sino con todas las fuerzas que luchan por la independencia y contra el imperialismo, y también, en la medida de lo posible, con ambientes gubernamentales de los países de nueva libertad que tengan gobiernos progresivos: la finalidad debe ser llegar a elaborar una plataforma concreta común de lucha contra el imperialismo y el colonialismo. Paralelamente, deberá ser mejor profundizado por nosotros el problema de la vía de desarrollo de los países coloniales, de lo que para ellos signifique el objetivo del socialismo y otros por el estilo. Se trata de temas nuevos, todavía no afrontados hasta ahora. Por eso, como ya he dicho, nosotros hubiéramos saludado con placer una reunión internacional dedicada exclusivamente a esos problemas, y a ellos será preciso de todos modos dedicar una parte cada vez mayor de nuestro trabajo.

Problemas del mundo socialista

Creo que se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que la desenfrenada y vergonzosa campaña china y albanesa contra la Unión Soviética, el PCUS, sus dirigentes y de modo especial el camarada Jruschov, no ha tenido, entre las masas, consecuencias dignas de gran importancia, no obstante el hecho de ser aprovechada a fondo por la propaganda burguesa y gubernamental. La autoridad y el prestigio de la Unión Soviética entre las masas siguen siendo enormes. Las más burdas calumnias chinas (aburguesamiento de la U.S., etc.) no hacen presa en nadie. Existe, en cambio, cierta perplejidad acerca de la cuestión de la retirada de los técnicos soviéticos de China.

Lo que preocupa a las masas y también (por lo menos en nuestro país) a una parte no indiferente de comunistas es el hecho en sí de la oposición tan aguda entre dos países que han llegado ambos a ser socialistas a través de la victoria de dos grandes revoluciones. Este hecho pone en discusión los principios mismos del socialismo, y nosotros debemos hacer un gran esfuerzo para explicar cuáles son las condiciones históricas, políticas, de partido y personales que han contribuido a crear el contraste y conflicto de hoy. Añádase a esto que en Italia existen amplias zonas habitadas por campesinos pobres, entre los cuales la revolución china se había hecho bastante popular como revolución campesina. Esto obliga al partido a discutir de las posiciones chinas, criticarlas y rechazarlas también en las reuniones públicas. A los albaneses, en cambio, nadie les presta atención, aun cuando tengamos, en el Mediodía, algunos grupos étnicos de lengua albanesa.

Pero, además del conflicto de los chinos hay otros problemas del mundo socialista a los cuales pedimos que se preste atención.

No es justo hablar de los países socia-

listas (ni tampoco de la Unión Soviética) como si en ellos todas las cosas marchasen siempre bien. Este es el error, por ejemplo, del capítulo de la resolución del '60 dedicado a esos países. Surgen en efecto continuamente, en todos los países socialistas, dificultades, contradicciones, problemas nuevos que es preciso presentar en su realidad efectiva. La cosa peor es dar la impresión de que todo va bien siempre, mientras de improviso nos encontramos después con la necesidad de hablar de situaciones difíciles y explicarlas. Pero no se trata sólo de hechos singulares. Es toda la problemática de la construcción económica y política socialista la que es conocida, en Occidente, de modo demasiado sumario y a menudo también primitivo. Falta el conocimiento de la diversidad de las situaciones entre país y país, de los diversos modos de planificación y de su progresiva transformación, del método que se sigue y de las dificultades que se encuentran para la integración económica entre los diversos países y así sucesivamente. Algunas situaciones resultan escasamente comprensibles. En semejantes casos se tiene la impresión de que existe, en los grupos dirigentes, diversidad de opiniones, pero no se comprende si es verdaderamente así y cuáles sean las diversidades. Quizás pudiera ser útil, en algunos casos, que también en los países socialistas se desenvolvieran debates abiertos en los que tomaran parte también dirigentes, sobre temas actuales. Eso contribuiría ciertamente a un incremento de autoridad y de prestigio del propio régimen socialista.

Las críticas a Stalin, no tenemos que ocultárnoslo, han dejado huellas bastante profundas. Lo más grave es cierta dosis de escepticismo con la que incluso elementos próximos a nosotros acogen las noticias de nuevos éxitos económicos y políticos. Además de esto, se considera en general no resuelto el problema de los orígenes del culto



Estatua de Lenin en la fachada del Palacio de Invierno de Leningrado, 1973 (Foto: Henri Cartier-Bresson).

de Stalin y de cómo se hizo posible. No se acepta que se explique todo solamente con los grandes vicios personales de Stalin. Se tiende a indagar cuáles puedan haber sido los errores políticos que contribuyeron a dar origen al culto. Este debate tiene lugar entre historiadores y cuadros calificados del partido. Nosotros no lo desanimamos, porque impulsa a un conocimiento más profundo de la historia de la revolución y de sus dificultades. Aconsejamos, sin embargo, la prudencia en las conclusiones y que se tengan en cuenta las publicaciones y estudios que se hacen en la Unión Soviética.

El problema al que se presta mayor atención, por lo que concierne a la U.S. y también a los demás países socialistas es, sin embargo, hoy, de manera particular, el de la

superación del régimen de las limitaciones y supresiones de las libertades democráticas y personales que había sido instaurado por Stalin. No todos los países socialistas ofrecen un cuadro igual. La impresión general es de una lentitud y resistencia a retornar a las normas leninistas, que aseguraban, en el partido y fuera de él, amplia libertad de expresión y de debate, en el campo de la cultura, del arte y también en el campo político. Esa lentitud y resistencia es para nosotros difícilmente explicable, sobre todo considerando las condiciones presentes, cuando no existe ya cerco capitalista y la construcción económica ha conocido éxitos grandiosos. Nosotros partimos siempre de la idea de que el socialismo es el régimen en el que hay la más amplia libertad para los trabajadores y éstos participan efectivamente, de manera organizada, en la dirección de toda la vida social. Saludamos, por lo tanto, todas las posiciones de principio y todos los hechos que nos indican que tal es la realidad en todos los países socialistas y no solamente en la Unión Soviética. Causan daño, en cambio, a todo el movimiento los hechos que alguna vez nos muestran lo contrario.

Un hecho que nos preocupa y que no llegamos a explicarnos plenamente es el de que se manifieste en los países socialistas una tendencia centrífuga. Hay en ella un evidente y grave peligro, del cual creemos que los camaradas soviéticos se deben preocupar. Hay sin duda nacionalismo renaciente. Sabemos, sin embargo, que el sentimiento nacional sigue siendo una constante del movimiento obrero y socialista, por un largo período aún después de la conquista del poder. Los progresos económicos no lo extinguen, lo alimenta. También en campo socialista, quizás (subrayo este «quizás» porque muchos hechos concretos me son desconocidos) sea preciso guardarse de la forzada uniformidad ex-

terior y pensar que la unidad se debe establecer y mantener en la diversidad y plena autonomía de los distintos países.

Concluyendo, nosotros consideramos que también por lo que concierne a los países socialistas es necesario tener el valor de afrontar con espíritu crítico muchas situaciones y muchos problemas si se quiere crear la base de una mejor comprensión y de una más estrecha unidad de todo nuestro movimiento.

Sobre la situación italiana

Muchas cosas deberé añadir para informar exactamente sobre la situación de nuestro país. Pero estos apuntes son ya demasiado largos y pido excusas por ello. Mejor reservar para explicaciones e informaciones verbales las cosas puramente italianas.

(Rinascita, 5 de septiembre de 1964)